

JERZY TOPOLSKI:
**Narrare la storia. Nuovi principi di metodologia
storica, con la collaborazione di Raffaello Righini,
Bruno Mondadori, Milano, 1997**

José C. Bermejo Barrera
Universidad de Santiago

Resulta especialmente interesante reseñar en España el último libro del profesor Topolski, ya que es especialmente conocido por parte del público español por su *Metodología de la Historia*, su obra más sistemática, que se ha convertido en el manual de referencia sobre este tema en el ámbito de nuestras universidades. En él se ofrecía una visión global de los problemas de la metodología histórica aunando la tradición de la filosofía analítica y del materialismo histórico. Tras la caída del muro de Berlín, y sobre todo, tras la profunda transformación que la metodología de la Historia ha sufrido en los últimos veinte años se hacía necesaria urgentemente una revisión de los planteamientos iniciales, y esa es la labor que nuestro autor intenta llevar a cabo en este libro, sin caer en el oportunismo, y tratando de conservar lo mucho que de válido había en el libro anterior.

Cabe, en efecto, ante las mutaciones históricas e historiográficas de los últimos veinte años adoptar dos tipos de posturas extremas. O bien renegar del pasado y adaptarse al presente, rompiendo en este caso con la tradición marxista y epistemológica en el campo de la metodología de la Historia, para metamorfosearse en un pensador liberal y fiel seguidor del “giro lingüístico”; o bien mantenerse fiel a una estricta ortodoxia, negándose a ver, tanto las transformaciones del mundo como los cambios ocurridos en el campo de nuestra disciplina -en muchos casos sencillamente porque no se

los comprende-, como ocurre en nuestro país con el profesor Joseph Fontana y su *La Historia después del fin de la Historia*.

Frente a estas dos posturas extremas Topolski, fiel a su pensamiento, intenta desarrollar en este libro una propuesta metodológica que sirva de alternativa a las posturas postmodernas, salvando dos ideas básicas de la metodología histórica: el valor gnoseológico de la disciplina histórica y la idea de verdad. Pero esto no se lleva a cabo manteniéndose firmemente anclado en la tradición epistemológica y negándose a incorporar los logros de la teoría narrativa de la Historia, sino por el contrario asumiéndolos desde un punto de vista crítico.

Ello es posible porque, en primer lugar Topolski reconoce el carácter narrativo de la obra histórica, pero, eso sí, distinguiendo en él tres niveles: informativo (lógico y gramatical), persuasivo (retórico) y teórico e ideológico (o profundo). De este modo, el texto histórico no se convierte en un relato sin más cuyo estudio puede ser objeto de la teoría de la literatura, sino en un relato enmarcado en un contexto histórico, social y mental, dotado de una identidad específica, que lo diferencia del relato de ficción, y cuyo análisis requiere tener en cuenta múltiples factores. La dimensión retórica del texto histórico no se convierte así, como en muchos autores actuales, en una dimensión única, sino únicamente en una -aunque de importancia fundamental- de las varias dimensiones del texto histórico.

Una de las características de este libro de Topolski es que en él su autor no intenta desarrollar simplemente una teoría de la Historia, sino que se esfuerza por dar cuenta de la práctica de los historiadores, analizando los distintos niveles que la constituyen. Es en razón de ello por lo que, tras analizar los tres niveles del relato histórico, se desarrolla a continuación el estudio de la argumentación, en lo que Topolski se mostrará como fiel continuador de la tradición analítica, recuperando de este modo el carácter gnoseológico del saber histórico, que había sido liquidado en la tradición narrativista. En este sentido conviene destacar la importancia que, a lo largo de todo el libro se da a dos nociones claves para mantener la identidad del conocimiento histórico: la noción de hecho histórico, cuyo carácter fáctico es repetidas veces destacado, y la noción de fuente, de cuyo uso depende la especificidad de la obra histórica.

Los hechos históricos, o lo que es lo mismo, la realidad histórica, concebida como algo que está "ahí fuera" deben de constituir un punto de referencia imprescindible de la labor del historiador, y únicamente podremos llegar a ellos mediante el uso de las fuentes, objetos privilegiados de la atención del historiador. Estos dos puntos de apoyo son los que permiten salvar la idea de verdad histórica, en cuya defensa sale Topolski en el último capítulo del libro, en el cual intenta superar los planteamientos postmodernos y recuperar esta vieja noción tras la destrucción de la tradición metafísica occidental, llevada a cabo por Heidegger, entre tantos otros. En este intento será

necesario superar los límites del relato, dejar atrás las fronteras de la retórica, e introducir de nuevo a la Historia en el campo de la razón, o lo que es lo mismo, liberarla igualmente de la jaula de hierro del lenguaje, para defender una visión constructivista de la historiografía, capaz de integrar las nociones de realidad histórica, fuentes y la noción de verdad con los aspectos expresivos y persuasivos que también anidan en ella y cuyo olvido, a favor de una interpretación realista y cientifista ingenua, dio lugar, entre otras razones de carácter más histórico, al giro lingüístico en el campo de la teoría de la Historia.